

"ALVARILLO, EL DE
CAÑETE."

Por Miguel Romero Saiz.

Amanece...

Amanece en nuestra Sierra. Un sol primaveral, que apenas puede hendir sus rayos en los muros recios de una muralla moruna, empieza a coronar un horizonte, mullido por los avatares del tiempo vivido.

Era la hora en que se levantaban los yerberos de la sierra de altos pastos, - dicen, que en Zafrilla hay muchos-, y es la hora en que los pastores, ya han caminado largo trecho hacia su “teñá”, anclada en la angostura del valle.

En el lugar, solamente el tímido canto de un gallo, alzado en su pedestal arrinconado, parece despertar el gruñir de los cerdos o el relinchar de las mulas. Viven, enclaustrados, en los gallineros de la muralla, junto al portalón de la Virgen.

El rechinar de una puerta les detiene. Rodrigo, el curandero, asoma su tez negruzca por el ventanillo y otea la brillantez de un cielo azul intenso.

-¡ Buen día, hace hoy, pardiez¡- balbucea adormilado.

Esconde su cabeza, cierra el ventanillo y se oye, entre trasfondos ruidosos, una tos, seca y mísera.

Rodrigo es un converso aragonés que llegó desde su lejana Calanda y, dedicado a la arriería, ha buscado cobijo entre los muros de este Cañete honesto.

Vive sólo y su rostro siempre ha encerrado la agria sensación del pobre miserable que encuentra en la mezquindad

gran parte de su vida. Su olor característico le convierte en atención de los niños que ven, en su mirada y atuendos, ese personaje de cuentos malévolos capaz de las más inverosímiles historietas de misterio.

Pero Rodrigo, el calandés, es astuto y pertinaz. Algunos de aquellos días, que la luna advierte de su bondad, ha salido a la sierra, camino de Valdemeca, para buscar hierbas que él conoce. Desde niño, su padre le enseñó a distinguir matas, arbustos y “yerbas” de olor y esencia especial, con las que supo preparar mejunges curativos. Nadie sabe como supo descubrir las energías de las plantas, ni sus poderes curativos y afrodisíacos pero desde que en Cañete fijó su residencia, había alcanzado fama de curandero.

Aquellas fiebres malignas que durante varios años sufrieron gentes de la Sierra, fueron males que Rodrigo supo atajar, ganando buenos dineros y, a pesar de su agridez, reconocido respeto entre sus convecinos.

Todas las mañanas, él mismo siempre tomaba un preparado entre esencias de romero, tomillo y orégano, mezclado con miel y resina destilada, que servía de fuerte brebaje cuyo estímulo le animaba a realizar las tareas de cada jornada.

Rodrigo vive en el barrio del castillo, bajo la extensa sombra de la gran fortaleza que les domina. Desde su puerta observa todos los mañanas, al salir el sol, como D. Nicolás, el alcaide, escoltado por tres jóvenes soldados, bien armados y cubiertos sus brazos y piernas con cota de malla, calzados con escarpes de acero y guanteletes de cuero, ascienden por la ladera para cubrir el puesto de guardia. Un poco después, asciende

desde San Bartolomé, Juanico, el panadero y su mula, cargada de buen alimento para la guarnición de la misma.

La fortaleza y sus calles...

La fortaleza que domina el lugar es inmensa, majestuosa. Construida en tiempos de los musulmanes, aunque ya antes hubiera restos de la misma, presenta una estructura alargada, alcanzando los ciento cincuenta metros de longitud. Edificada sobre un crestón rocoso le hace todavía más inaccesible y permite a sus moradores disponer de una fuerte y segura defensa ante el ataque.

Sus murallas, de dos metros de anchura, están construidas con piedras y argamasa, aprovechando la roca y, sirviendo, como difícil parapeto de acceso.

Hacia el poniente, un elevado torreón domina el valle. Tiene cerca de veinte metros de altura y sobre él, la guarnición tiene vigilancia perenne. La bandera de los Luna, ondea en lo alto. Desde el torreón hacia la torre del homenaje, situada en el centro de la fortaleza, un sinfín de espacios dan vida a mazmorras, cobertizos, algibes, aposentos del alcaide y de la guarnición, horno y bodegas.

Entre la torre, elevada y cuadrada, desde donde el alcaide dirige a la guarnición, y el patio de armas, inmenso, un arco les separa, con puerta de madera, reforzada con metal en las esquinas.

El patio tiene a ambos lados, una doble muralla que permite el pasillo de vigilancia a lo largo de todo el recinto. Las almenas son cuadradas, de corte musulmán y entrecortadas por matacanes. Al final, en el poniente, otra torre, ésta más pequeña, cierra la fortaleza en el lado más abrupto, desde donde se divisa el río Tinte y la ermita de la Virgen.

Al poco tiempo de la salida del sol, sus vecinos, comienzan a abrir portones y ventanas, sacan sus acémilas que atan en las argollas de su frontal e inician la actividad de un nuevo día.

- ¡Buenos días, Rodrigo!- le dice Mateo Muñoz, hijo de Pedro, el judío.

- ¡Buenos días, nos dé Yavhé!- contestó el calandés.

Al poco tiempo, junto a la muralla, Aben, y su hijo Muza, se preparaba para cargar sus mulas e ir a comprar vino a Aragón, llevando cuero y lana para su trueque. Eran miembros del pequeño grupo de mudéjares que habían quedado en la villa después de su reconquista.

Es un agradable día primaveral y la actividad inicia tránsito. Cañete es un pequeño y bello pueblo de la sierra conquense, en el reino de Castilla, que sirve de frontera con Aragón, fuerte y poderoso. Curiosamente, durante unos pocos años, perteneció al Reino de Aragón, en las disputas entre Pedro I el Cruel y Pedro IV de Aragón. (1373)

Sus gentes, cerca de trescientos vecinos, viven dedicados a la agricultura y al ganado. Rodeado por las aguas de los ríos Laguna y Tinte, presenta una fisonomía típicamente medieval,

con fuertes murallas que hicieran los árabes de Abderramán y que, ahora, en tiempos de duros y sangrientos enfrentamientos de poder, defienden a sus fieles moradores de alianzas y litigios nobiliarios.

Desde el Postigo, descienden todas las mañanas los hortelanos camino de su rica vega, bajando a las huertas que riega el río Tinte, donde cultivan gustosos tomates, rechonchas patatas y grandes judías, que forman el succulento manjar de su dieta, casi diaria.

A los pies del molino de los Sáiz, un entramado de acequias y canales conducen el agua a cada bancal de sus tablas, regando milimétricamente cada rincón bien aderezado con sus azadas. Fueron los árabes, maestros arquitectos del riego acuífero, quienes enseñaron sus habilidades a los cristianos de entonces y ahora, disfrutan de sus excelencias fructíferas todos los habitantes del lugar y la comarca.

Por la puerta de las Eras, salen los arrieros, casi todos mudéjares vecindados y algún judío, para iniciar el camino de Aragón, unos y hacia la Mancha, otros. También, algún labrador marcha hacia los Tovares para aderezar la tierra de los manzanos, ricos y succulentos manjares que ofrece Cañete a toda la zona.

Por el portón de la Virgen, los pastores, muchos, salen temprano, casi al despertar el alba, en busca de sus ganados que, bien cuidados en los ricos pastos, forman la principal riqueza de esta comarca. La lana de Cañete, Valdemeca y Tragacete se paga a muy alto precio y su carne y piel, son bienes apetecidos por las tierras del Levante, para alimento y la confección de sus famosos calzados.

Todos los primeros martes de mes, desde Aranda del Duero, llegaba un grupo de compradores de lana que se la llevaban a tierras del Duero, para su exportación. Era muy apreciada esta lana de la Sierra y, según cita el Arancel de Precios y Salarios de Cuenca, del 1462, la lana de Cañete y de Tierra de Moya se pagaba a 82,5 maravedíes la arroba, un poco más barata que la de Poyatos, Huélamo y Tragacete que lo era a 112 maravedíes.

Otros, comerciantes del Levante, casi todos mudéjares, compraban la piel y la carne para hacer los famosos “zapatos de piel de carnero”, el cordobán, sardón, badana, guadamecí y pieles en general. En mulas eran transportadas hasta Utiel y Requena, para, desde allí, seguir camino hasta Elda.

En cierta ocasión, llegó un arriero de Segovia allá por el mes de abril, mes del esquilo. Por entonces, muchos de los ganados acababan de subir, en la transhumancia, de las tierras de Jaén y Ciudad Real, donde habían pernoctado durante el frío invierno. Ya subían esquilados.

Pregonado el hecho, el segoviano reunió a los ganaderos en los soportales de la plaza para convenir precio y, preguntando a Tomás, el batanero, le dijo que a cuánto vendía su lana.

Tomás, receloso del forastero, le dijo:

-¡Buen señor, nuestra lana es extraordinaria, pues los martes nos la compran los burgaleses a muy buen precio, que seguro vos no pagaréis¡-

-¿Qué precio, decidme?, le contesto el comerciante.

-A 100 mrs. la arroba, señor- ¿os parece?

-No se hable más, traedme toda la que queráis. Vuestra lana es más apreciada que la de Huete o Molina para hacer paños de calidad, pues en Segovia sabemos que aquí recibe

mucho aprecio el ganado que esquilais en la Alcudia antes de traerlas para evitar que los arbustos de vuestras sierras estropee la lana antes de su equilo. ¡Es buena lana, pardiez!

Sin embargo, no toda la lana salía para esas tierras, pues Aben transportaba grandes cantidades a Cuenca, que era un importante centro fabril textil desde la época de los Omeyas musulmanes.

Él mismo, junto a su hijo Muza, trasladaba cuatro mulas cargadas todos los meses a la capital de Júcar, llevándola hasta la calle de los Tintes, donde un grupo de comerciantes le pagaba buen precio.

Cuando los pastores, muy madrugadores, cruzan el portón, todos, miran a su ermita de la patrona y se santiguan en señal de buen agüero. Hay una gran devoción, no en vano, dice la leyenda que la Virgen de la Zarza, se le apareció a un pastor.

Las mujeres, a media mañana, cargadas con grandes cestas, salen, y descendiendo por una pequeña cuesta, bajan al río donde lavan sus ropas, unas y, tintan sus lanas, otras. De ahí el nombre del río.

Algunas, las más jovenzuelas, suelen entonar alguna cancioncilla propia del lugar:

- “ *Cuando las serranas
sienten llegar mayo,
bajan hasta el Tinte,
a lavar su sayo.* ”-

Todas las callejas, estrechas y polvorientas, conducen a la plaza en donde se congregan las mujeres y niños. Es una plaza porticada, con fuertes pilares de piedra y madera que cobijan rincones sombríos y casonas de algún hidalgo allí avecindado.

Es el punto de referencia de todo el vecindario y allí, congregados, charlan amigablemente los tenderos, artesanos y algún alguacil que a buen recaudo, da noticias de sucesos acaecidos. En otros grupos, varias mujeres con cesta en mano, cotillean entre carcajadas, alguna novedosa afrenta o rumores inventados. Es la actividad de un día normal.

Entre los grupos, los gritos de los niños rompen la armonía del entorno que, juegan, al compás de cabriolas y típicos juegos de infancia. Corretean entre los soportales, cruzan la fuente y se esconden entre los rincones de las tiendas, cuyas puertas cierran, a veces, sin querer.

-¡ Zagales, fuera de aquí ¡-, grita el bueno de Matías, el aceitero.

Uno de los niños, se vuelve hacia Matías y le hace burla, sacando la lengua y vociferando, ¡-calla, viejo gruñón¡-, el aceitero, frunce el ceño y calla, cabizbajo, se mete nuevamente en su tienda.

En la plaza, hay una bodega regida por Juan Fernández y su mujer, Justa, donde se vende el rico vino de la Rioja y en el otro rincón de la misma, una tahona, regida por Matías el aceitero, oriundo de Molina, vende ese rico pan del horno de Juanico y el aceite de Jaén.

Más abajo, en la calle del Pósito, está la casa de Alonso, el chatarrero, y camino del Postigo, el taller del judío Aaron, dedicado al cuero y al esparto.

El barrio judío y los mudéjares...

En el llamado barrio del Castillo, entre la calle Mayor y la última casa que inicia la ascensión hacia la fortaleza, viven las once familias judías llegadas desde distintos puntos de la geografía, hace más de cien años. Son gentes muy trabajadoras y casi todos adinerados, habiendo ganado buenos emolumentos en la venta ambulante y los préstamos.

Uno de ellos se llama Malaquíás y dicen es nieto de un tal Jucef Fabón, judío muy rico y bien considerado en la corte castellana, que tuvo aquí varias casas y algunas propiedades de cultivo, aunque algunas de ellas, las vendiese a la Orden de los Templarios. Ahora, su descendiente, dirige la aljama y concierta la buena convivencia con la comunidad cristiana de la villa.

Malaquíás es un hombre bajito y huesudo, con una mata de cabello blanco. La gente le sonreía cuando lo veía avanzar tambaleándose en la pequeña sinagoga con el pesado rollo de la Torá, el libro sagrado, para que sus fieles lo besaran o tocaran, los sábados y días festivos. Todo el mundo lo respetaba, excepto Rodrigo que había abandonado voluntariamente la fe en Javhé y como renegado veía a los judíos como sus enemigos en la lucha por su ávara codicia.

- Hay que tener fe ,Rodrigo, amigo mío –dijo el bueno de Malaquías- tenemos que ir a rezar juntos a la sinagoga. El Señor oirá nuestras súplicas.

- No puedo, pues tengo que atender mi hacienda y preparar mis brebajos antes de que anochezca, Malaquías-, contesto el calandés.

No hay duda, que los numerosos viajes de Rodrigo por lugares de Castilla, le había permitido conocer la situación que tenían muchos otros judíos en aljamas castellanas después de la guerra civil de 1366-1369, en la que grupos de cristianos habían asaltado sus barrios y provocado numerosas mortandades entre ellos. Ese temor le había hecho a Rodrigo convertirse, voluntariamente, al cristianismo y renegar de su fe religiosa de nacimiento, aunque aún no había sido bautizado. El egoísmo le había hecho pensar solamente en su avaricia.

Al final de la calle de San Bartolomé, entre el porche descubierto que da entrada a dos viviendas con cuadras y la última casona que sube la ladera del arco, viven las tres familias mudéjares que, siendo reconquistada la villa por Fernán González, decidieron quedarse en Cañete.

Son Aben, dedicado a la arriería, su esposa y su hijo Muza; el artesano Abo-Jacob y sus dos hijas y Al-Munit, curtidor, que transitaba mucho a las tierras de Requena, donde tiene familia y vendía sus piezas. Eran, en total, diez los censados.

Desde que en 1388, en el Concilio celebrado en Palencia, se estableciesen ciertas ordenanzas que obligaban a los

musulmanes avecindados en tierras de Castilla a residir en barrios cercados, hubo cierto revuelo y preocupación. El alcaide de la villa, nunca exigió a las familias musulmanas aquí afincadas tal condición, manteniendo, eso sí, cierto recelo en que cumplieran las fiestas de los católicos, tal y como establecía el concilio.

Cierto día, se encontraba el pastor Pedro de Burgos saliendo con su rebaño de cabras por la puerta del Rey, camino de la ladera que lleva hacia la aldea de Campillos, cuando observó como Al-Munit y otros dos que le acompañaban se encontraban haciendo la azalá (oración) sobre un montón de pieles sin curtir. Sobre ellas, Al-Munit, movió sus manos con sus palmas hacia abajo y después, hacia su cara, diciendo una vez:

-¡ A la hogbar cofe y Alaj- que quiere decir, “Alabado sea Dios.”

Tal hecho no estaba permitido por considerar que las pieles sin curtir están sin purificar y por ello hay que purificarlas, trabajándolas en seco o con agua sobre aromas.

-¿Qué hacéis, buen Munia, en esas pieles amontonadas?- preguntó Pedro.

-Nada raro Pedro de Burgos, implorando a Dios del buen día que nos ofrece.¡ Id con Dios¡-, le respondió el mudéjar.

A pesar de la duda, Pedro, sin más dilación, continuó su camino.

La pequeña comunidad mudéjar no provocaba, apenas, dificultades de convivencia en la villa, pues los cristianos siempre vieron en ellos, un grupo trabajador que les permitía trajinar con productos de otros lugares.

En 1408, la reina gobernadora D^a Catalina, en nombre de su hijo Juan II, dictaba un ordenamiento sobre la divisa y traje de los moros avecindados en los lugares, señoríos y villas de su Reino.

Con tal fin, fueron obligados, los hombres, a llevar sobre la vestimenta un capuz amarillo y una media luna de paño, color torquesado, sobre el hombro derecho, en señal de su nacimiento. Las mujeres, *“...portasen igualmente la media luna sobre todas sus ropas.”*

“Si este mandamiento no se cumpliera, se le de cinquenta azotes publicamente por el logar que esto acaeciére e que las ropas que portaren perdieran.”

Esta circunstancia captó la atención de los niños que siempre vieron a los mudéjares como bichos raros, por sus costumbres, cánticos y rasgos físicos.

Tal día que fueron obligados a portar estas señales en sus vestimentas, se acercaron los jovenzuelos, Juan, el de Cerezuela y Tomás, el de Martín, para ver como salían de sus moradas, un poco antes de la marcha hacia el Levante.

En el camino se encontraron con Munia, ataviado con un turbante blanco que delataba su presencia y quién, sorprendido, les requirió el motivo de su visita.

Ellos, asustados, tartamudaron palabras entrecortadas y, sin más dilación, salieron corriendo hacia la plaza. No volverían a acercarse jamás a las moradas de estas gentes.

Por la mañana, Al-Munit, colocó sobre su hombro la media luna de paño, rezó el hamdolillah (alabanza a Dios), por permitirle vivir y, atando bien las pieles curtidas, inició, sólo, el camino hacia Requena, desde la puerta de San Bartolomé.

Los mudéjares vivirán en Cañete hasta su conversión en 1502, dedicando su actividad a los mismos menesteres.

Solamente, la familia de Al-Munit, marchará al exilio por no querer acatar la Pragmática Real de conversión.

La llegada del Señor de Luna...

Es mediodía y suenan las campanas de la iglesia. Catalina, la de Francisco, el Viejo, deja el grupo y marcha a casa para coger su velo y acercarse a la iglesia. Es la hora de la misa y D. Juan Palomares, el cura, quiere que antes le arreglen el altar para officiar el acto.

La iglesia parroquial es un templo grande, de portada adintelada y elevada torre campanario. Está junto a la calle de las Eras y adosada a la fuerte muralla que la defiende, al lado de la casa del alcaide y de Lope González, el escribano público. En su interior, tres naves albergan dos capillas pequeñas y un número de imágenes que representan a la Virgen de la Asunción, Santo Tomás, San Antonio y un Cristo de gran tamaño. En las paredes, varios cuadros, no muy grandes, cuelgan adornando el ambiente.

Es, sin embargo, un edificio oscuro en su interior, pues los ventanales, demasiado altos, no dejan penetrar la luz con facilidad, provocando un recogimiento propio de un monasterio.

En algunas fiestas muy solemnes, suelen venir tres frailes dominicos del Convento de Santo Domingo de Carboneras y, subidos en el coro, entonan unos bellos cánticos gregorianos.

Pero la villa tiene por estos años, además de la parroquial de Santiago, las iglesias de San Andrés, Santa María y las ermitas de San Roque, junto al molino de su nombre, San Bartolomé, junto a la muralla, San Cristóbal, Santa Bárbara, Santa Quiteria, San Antonio y la ermita de la patrona, la Virgen de la Zarza, junto a la puerta de la Virgen, cerca del río que le circunda. Es un pueblo de gran devoción, no hay duda.

La tarde cae y la actividad frenética de sus habitantes decrece con rapidez. Al oscurecerse, Pero Muñoz, el pregonero, lanza un fuerte pitido de atención y anuncia un comunicado del alcaide:

“ Nos, y por orden de D. Nicolás de Cerezuela, alcaide regidor de esta villa, por la Gracia de Dios y sus Altezas, se hace saber a todos los aquí avecindados, cristianos, moros y judíos, que en el día de mañana, tendrá a bien visitar estas tierras, casas y alquerías, que son suyas, el Rico Home de Aragón, D. Alvaro de Luna, Copero Mayor de D. Enrique III, Señor de las villas de Alfaro, Juvera, Cornago y Cañete, a quien acatarán los muy especiales y señalados servicios que por tal mande.”

La quietud cerró la noche, el centinela de turno recorrió las calles y apagando, uno a uno, los faroles, gritaba incesantemente:

-¡ Ha llegado la noche, cerrad portones y ventanas, dormid buenos cristianos y que Dios ilumine vuestra alma¡-

Al poco tiempo, el sonido de la horquilla apagadora y sus enclaves en la suela de sus sandalias por el empedrado de la

calle mayor servía de aviso para elevar el sueño de cada vecino, mientras algún asno rebuznaba buscando su acomodo.

Todas las puertas de la muralla eran cerradas a partir de las doce y el chirriar de sus goznes provocaba un sonido demasiado estrambótico que, a veces, asustaba a los animales y otras provocaba el llanto de los más pequeños. Se cerró la noche.

Al día siguiente, un amanecer sombrío parecía vislumbrar la llegada del señor de estas tierras, no muy bien recibido por las gentes del lugar, sabedores del motivo de su visita que, no era otro, que recoger tributos, en dinero y en productos del campo, para enriquecer sus cofres o, con mayor seguridad, para pagar sus deudas de juego y de jolgorios a los que parecía, según coplas extendidas, muy dado el aragonés.

D. Alvaro Martínez de Luna, llamado por los cronistas, D. Alvaro de Luna, fue Copero Mayor del rey Enrique, el Tercero, título heredado de su padre D. Juan y era un noble de fuerte complexión y de figura esbelta.

Nació en Aragón y, como tal, se crió en un ambiente de constante incertidumbre por alcanzar títulos y demostrar gallardía. Su juventud fue afortunada pero inútil, ya que no supo grangearse el aprecio de los nobles de la Corte por su testarudez, vanidad y lisonjería. Dedicó gran tiempo de su vida a la diversión y entretenimiento en lugar de seguir el ejemplo de su padre, pues, *“...fue mujeriego, jugador y poco dado al buen hacer; de alto porte, nariz encurvada, piel colorada y cabellos castaños, gustaba a las mujeres de la época, que veían en él, al noble de buen servir.”*

Heredó de su padre, las villas de Juvera, Cornago y Cañete, a las que visitó cuando necesitaba dinero para sus entretenimientos. No dedicó a ellas, tiempo y justicia, dejando en manos de administradores las tareas de gobierno.

Tal circunstancia, obligará algo más tarde, a su padre Juan a vender estas tierras por presiones económicas y de alcurnia.

El título de Señorío, en Castilla, permitía a su propietario imponer y recaudar una serie de cargas por prestaciones en el disfrute de la tierra o en la defensa de su seguridad señorial (pecho forero, martiniega, conducto, yantar, etc.) y por el derecho que tiene el señor de nombrar o confirmar las autoridades municipales.

Esta circunstancia fue aprovechada por D. Alvaro de Luna, para visitar en raras ocasiones sus señoríos y villas.

Había oído hablar bien de las tierras de Cañete, en los límites de la Castilla poderosa y, viéndose apretado por las deudas, decidió preparar comitiva y salir camino de estos lugares.

Hacia dos días que había llegado un emisario desde Aragón, para comunicar la próxima llegada del noble señor. Exhausto, dejó su caballo en las cuadras del alcaide y esperó la llegada de la próxima comitiva. Era un joven lancero, llamado Isaías, que gustaba de la juerga y las mujeres.

Durante los tres días que convivió, provocó algunos altercados con vecinos de la villa, sin más exigencia que la diversión. El alcaide supo, con su habilidad y destreza, mantener

contento al soldado y así, evitar las posibles iras del señor que ya se aproximaba.

A la salida del sol, la guardia de la fortaleza se apresuró a cubrir puestos, el alcaide enarboló estandartes por las diferentes puertas de la ciudadela, adrezo a la guarnición y preparó al vecindario para un recibimiento digno de la alcurnia del Señor de Luna. La plaza estaba totalmente llena de gentes del lugar y de los pueblos y aldeas cercanas, los niños corrían alborotados esperando la llegada de la comitiva y el alcaide, regidor, juez y alguacil, con sus mejores ropajes, se colocaron frente a la casa del Concejo, acompañados de Tomás el tamborilero y de Lamas, el alabardero.

-¡ vecinos y fieles servidores, debemos con fuerza y alegría, recibir y vitorear a nuestro dueño y señor. Él nos lo recompensará¡-, gritó con fuerza el alcaide desde el estrado.

El pueblo refunfuñó y a media voz, alguien gritó, -¡ no vendrá a dar, seguro, vendrá a pedir.¡-

Algunos rieron al oír la frase, pero otros, empalidecieron temerosos de la reacción del alcaide.

Nadie dijo nada, como si verdaderamente todos pensaran lo mismo y ninguno se atreviera a manifestarlo con libertad. Eran tiempos difíciles, serviles y temerosos de Dios.

D. Nicolás de Cerezuela y su esposa, María...

El alcaide, D. Nicolás era hombre de bien. Había nacido en Cañete y era hijo de un agricultor acomodado. Desde muy joven, a la edad de dieciocho años, entró a las órdenes del entonces alcaide de la villa D. Pedro Fernández y con él aprendió a escribir y leer la Biblia, el manejo de las armas y a cabalgar y a ser un digno caballero con porte. Conoció a su bella hija, compartió su adolescencia y se enamoró de ella, casándose a la edad de veinte años. Después, al morir su suegro, heredó el título de alcaide, confirmado por el propio Señor de la villa, Alvaro de Luna, padre.

El título de Alcaide provenía de la época musulmana (al-qa'id) y su función era la de custodiar la fortaleza. En época cristiana y sobre todo, de reconquista y repoblación, este cargo fue ocupado por una persona de alta condición, honrado caballero y diestro en las armas, para defender y guardar la fortaleza de la villa.

Es así, que en todos aquellos lugares que alcanzaron el título de villa y tenían fortaleza o recinto amurallado, se nombraba una persona de la misma o de otro lugar, perfectamente adiestrado en las armas, culto y conocedor de las

leyes del reino, para custodiar la misma, guardar las ordenanzas y ejercer el buen orden y la justicia.

Nicolás de Cerezuela, alcaide de la fortaleza y villa de Cañete, cumplía adecuadamente su función. Todas las mañanas, con tres soldados, ascendían a al fortaleza para llevar a cabo el cambio de guardia. Visitaba todas las dependencias de la misma y descendía para proceder al registro, junto a su escribano, en las dependencias del Concejo. Sus funciones de regidor de la villa le determinaban unas prerrogativas adecuadas a las ordenanzas reales y, como justicia mayor, tenía que mantener y cuidar el orden y la buena convivencia entre todos los moradores. Algo que D. Nicolás sabía hacer muy bien.

Vivía en una casa, cerca de la iglesia parroquial de Santiago, amplia, con cuadra y gran balconaje al río Tinte, que le permitía divisar las entradas a la villa desde el camino que conducía a Cuenca.

Era hombre de bien, había aprendido las artes de la escritura y de la lectura, gracias a la educación recibida por su suegro, siendo joven, y adquirida la destreza con el caballo y las armas, recibida de un capitán aragonés que estuvo comandando la guardia durante varios años.

Era un gran día para la villa, y era también un alto honor que el señor de la misma se dignase a visitar, sin duda, reconociendo la importancia estratégica de la misma, circunstancia que tanto valoró el propio rey Enrique II, el de las Mercedes, cuando entregó en donación la misma a D. Juan Martínez de Luna, bisabuelo del Condestable, por su valor y servicios hechos al propio rey.

Decía el pliego real:

“...dono Cañete, con su castillo y fortalezas, aldeas, término, jurisdicción civil y criminal, mero mixto imperio, en función de heredad a D. Juan Martinez de Luna, Barón de Illueca...”

La donación de Cañete como lugar de privilegio en Castilla era consecuencia de tiempos atrás. En Cañete se había jugado de veras al valor, por lo que se le daría el título de Villa, fechándolo en la ciudad de Burgos el 24 de marzo de 1285 y firmada por el rey Sancho IV, como agradecimiento real en los enfrentamientos entre reinos originados en este tiempo.

El título de Villa, concedida a aquellos núcleos de población que habían alcanzado reconocido prestigio por su valor, les permitía, a diferencia de aldeas o lugares, disponer de alcalde propio con jurisdicción civil y criminal, así como colocar picota o rollo en su término municipal.

La picota quedó establecida en la plaza de San Andrés para así dejar siempre libre la plaza mayor utilizada como mercado todos los jueves. Era un pequeño pedestal de piedra donde había colocada una columna y una argolla a mitad de su altura. En ella, eran atados los reos de asesinato, robo y pillaje, después de ser juzgados, para recibir la burla y el escarnio de la vecindad.

Hacia mucho tiempo que no había sido usado y los niños, no sabiendo bien su utilidad, solían jugar en él. Hubo un tiempo, que el propio alcaide pensó en su traslado para poder así, acallar las constantes preguntas de los propios niños, llenos de curiosidad infantil.

El prestigio de Cañete como Villa y su extraordinaria posición estratégica entre los dos grandes reinos, provocaba recelos y deseos de pertenencia en las casas nobiliarias de entonces que, veían en esta plaza, punto importante de poder en esas revueltas nobiliarias.

Mientras todos esperaban en la plaza mayor, tres sirvientas ayudaban a María Fernández de Urazandi, mujer del alcaide D. Nicolás de Cerezuela, a preparar cuidadosamente la mesa, con rico mantel bordado en Alcañiz, cubertería de plata, heredada de su madre, D^a María, oriunda del Zarauz y viandas exquisitas, con ricos y succulentos manjares, preparados desde el día anterior, para ofrecer y contentar al Señor de la villa y su séquito.

María Fernández era manchega, pues había nacido en Quintanar de la Orden. Hija de D. Pedro Fernández de Xarava, alcaide que fue de Cañete, y de María de Urazandi, su mujer. Su linaje le enaltecía, pues según las genealogías de la época, su abuelo había sido D. Alonso Manuel de Villena y su bisabuelo materno, otro D. Pedro Fernández de Xarava, señor de Val de Cabras, Ortizuela, Portilla y las Majadas.

María no sólo tenía ilustre linaje sino que era mujer de buen porte, anchas caderas y gruesos labios que sobresalían en su tez morena. Sin embargo, eran sus ojos los que delataban su dulzura y en su mirada, altanera y firme, se dejaba entrever a esa mujer segura de sí misma, valiente y cuya educación le hacía ser respetada y admirada por todas sus convecinas que siempre vieron en ella, una digna mujer.

Pero la historia, que nunca te dicta el presente, le iba a definir protagonismo especial.

La comitiva...

A media mañana, la trompeta del centinela advertía de la llegada de la comitiva que, desde el camino de Aragón, llegaba a los pies de la villa, entrando por la puerta de las Eras. Eran una veintena los componentes de la misma y entre todos, sobresalía por su porte, coraza y distinción, la figura del Coperero Mayor, D. Alvaro. A su lado, tres portaestandartes indicaban su nobleza y un grupo de lanceros, bien ataviados con coraza de acero, adornada con tafiletos de latón que había sido construida en los talleres de Manuel Fierro de Gibraltar, secundaban el grupo para salvaguarda del mismo.

Las armaduras de los soldados eran hechas en talleres aragoneses, mientras que las armaduras de los portaestandartes y la del propio señor, las hacían en expertos talleres de Toledo y Cádiz. En Gibraltar alcanzó fama un herrero llamado Martín Fierro quién, había aprendido a trabajar el acero en el taller de un espada moro, donde había trabajado como aprendiz.

- Los moros hacen el mejor acero y las mejores espadas-comentaba un día un comerciante llegado de lejos.

- Los árabes nos enseñaron a aumentar la temperatura de los hornos, soplando aire a través de un tubo y, más tarde, utilizando fuelles. En el siglo VIII, los herreros hispanos

construyeron un horno más eficaz, llamado más adelante forja catalana. El mineral y el carbón se mezclan en el horno y se sopla aire hacia la parte interior del fuego mediante energía hidráulica. Esto permite producir hierro forjado de mejor calidad y en mucho menos tiempo. El acero se obtiene eliminando las impurezas y buena parte del carbón del hierro. En Gibraltar, un tal Manuel Fierro se ha hecho muy famoso con su acero, pues traen armadura hasta Zaragoza y Toledo-.

Corría el mes de mayo del año 1389.

La puerta estaba abierta de para en par. Desde su torre, un par de soldados, bien ataviados, hacían sonar el clarín para dar la bienvenida y abajo, el alcaide y su guarnición esperaban para rendir honores, tal y como las ordenanzas de la época exigían.

La comitiva inició el ascenso, yendo en primer lugar a la iglesia para dar Gracias a Dios, rezando una Salve Regina por haber llegado bien a su final. D. Alvaro, quitó su yelmo y coraza, ayudado por sus criados, y arrodillándose ante el altar, besó la losa del suelo y rezó durante unos breves minutos. D. Juan Palomares, ungido con casulla dorada, le bendijo con el hisopo de agua bendita y profirió la usual frase: -¡Dios bendiga a vos, Señor, colmando de gracias y bendiciones sus actos¡-.

Al momento, se levantó y toda la comitiva elevó su voz al tiempo: -¡qué así sea¡.

Después, salieron de la iglesia y dirigidos por el alcaide fueron conducidos a sus moradas para el descanso necesario. D. Alvaro se aposentó en la casa de D. Nicolás, donde estaba

preparada la suculenta comida y allí, reunidos todos, junto a María y su hijo Juan, dio comienzo el pequeño banquete.

Durante la comida, D. Alvaro fijó sus ojos en la bella María que, con la cabeza bajada, sentía el rubor de la provocadora mirada. Sin querer levantar sus ojos hacia la mesa, presentía en su corazón lo que podía suceder y, sin más, se levantó para ayudar a servir la mesa.

-¡ Quieta, señora, vos no debéis levantaros. Volved a vuestro lugar y acompañarme en esta rica comida¡-, comentó con voz de mando D. Alvaro.

Ella, como fiel servidora, asintió con la cabeza, miró a su esposo y ocupó su silla.

Acabaron los ágapes y el Señor de Luna, cansado por la agotadora marcha, pidió su aposento para dormir, no sin antes, acercarse a María y volver a dirigirle una mirada de suave engaño.

-¡Hasta mañana, bella señora¡-le susurró al oído.

-¡Qué Dios le bendiga¡-, contestó ella.

Retirada la mesa, agarró a su esposo, temblorosa y asustada, y ambos, subieron a su cámara para agotar el sueño. Había sido un día agotador y sus cuerpos estaban rendidos. Ninguno de los dos dijo una palabra.

El mercado...

Pasó la noche y un nuevo día surgía radiante. Era jueves y había mercado en la plaza mayor. Desde los lugares del Señorío se acercaban numerosos mercaderes con sus acémilas cargadas de productos del campo, ropas, calzado y algún que otro joyero moruno. La actividad frenética se concentraba en la villa y, mujeres y niños, ocupaban cada puesto en afán de contemplar más que comprar. No corrían buenos tiempos y había que guardar para pagar los tributos que el señor había venido a recaudar.

Los judíos, después de rezar su oración de la mañana, *el saharit*, bajaron con temor a la plaza, sabedores de que iban a ser los perdedores en la recaudación tributaria, igual que otras tantas veces, y, cautelosos, esperaban la temerosa llamada de D. Alvaro.

¡Aún no se había levantado!, murmuraron algunos y, ellos, respiraron tranquilos por un momento.

En la plaza, había un ritmo frenético. Un joven que había llegado desde Villel buscaba trabajo y se movía incesante entre cada puesto de los allí ubicados.

-Busco trabajo, señor-le dijo esperanzado el jóven a Lorenzo, el quesero.

Pero el hombre sacudió la cabeza.

-Y a mí,¿qué? No puedo darle trabajo a nadie.- sin embargo, llamó a otro que se encontraba allí cerca. -Señor alguacil, este mozo busca trabajo.

Un hombre bajito y barrigudo se acercó pavoneándose. Llevaba el escaso y grasiento cabello que le quedaba pegado al cráneo.

-Soy Faustino López, el alguacil de la villa.

-Me llamo Tomás Martín y busco trabajo, señor.

-Pues yo no puedo ofrecerte trabajo, pero el molinero de San Andrés busca peón. -¿Eres judio o cristiano?-, preguntó el alguacil.

-¡cristiano, señor, no lo dude¡-

-Bien, acércate y dile que vas en mi nombre-¡vete con Dios, mozalbete¡-.

El mercado ocupa toda la plaza. En los soportales de abajo se colocaban los chatarreros, casi todos de Daroca, que traían todo tipo de sartenes, cacerolas, cubertería, candiles y especieras. Eran musulmanes, afincados en tierras cristianas. Su semblante era triste, tez oscura y solían portar un turbante en la cabeza que les distinguía claramente de los demás.

En los soportales de arriba, los curtidores y peleteros colocaban sus acémilas, sujetas en las argollas de las esquinas. Tendían sus telares en el suelo y sobre ellos, cinturones, guanteletes, bolsetes de cintura, cinchos de mulas y piezas para albarda, provocando una desagradable combinación aromática, entre el fuerte olor a cuero y las defecaciones de las caballerías,

colocadas al lado. Eran cristianos de Teruel, alguno de tierras de Guadalajara y otros de la moruna Guadalaviar. Vestidos con ropa de paño burdo, solían llevar anchos cinturones y bellas bandoleras con bolsetes.

En el centro de la plaza, los vinateros de la Mancha y los fruteros de la Alcarria, que traían frutos secos, higos, pasas, tomates y sobre todo, rica miel. A su lado, otro grupo de mudéjares, casi todas mujeres, vendían los telares más variados. Sedas, lino, paño procedente de los monasterios de León y puntillas, bien perfiladas, hechas por las monjas de la Concepción, hacían el deleite de las mujeres de la villa que no paraban de tocar los suaves ropajes, aunque por su precio alto, poco compraban.

Algunas veces, llegaba hasta Cañete, Agueda de Fuenteespino, mujer misteriosa y de presencia ruín y agorera. Subida en una burra, traía bolsas llenas de hierbas, algunas muy olorosas, frascos con pócimas de colores oscuros y plumas de animales que portaba en pequeñas cestas. No era bien recibida por su poca distinción y, su fama, de hechicera era muy mal vista por la comunidad cristiana de los lugares que frecuentaba. Poca gente se le acercaba, salvo aquellos que tenían algún animal enfermo y, siempre, temerosos de poder ser reprendidos por sus convecinos.

Los niños, austados de su presencia, huían de su proximidad no sin antes, lanzarle insultos y alguna que otra pequeña piedra.

Solamente, Rodrigo el calandés, mantenía conversaciones fluidas con la mujer y ello, le generó algún que otro altercado con varios cristianos.

Al lado que cada puesto, grupos de gente hablaban y trataban sobre mulas, cereal, tierras y pormenores de la vida cotidiana. Solían venir gentes de otros lugares, aprovechando el momento y la villa se encontraba durante todo el día del jueves en un constante bullicio y burbujeo de entresijos.

El alcaide, el alguacil y algunos soldados, deambulaban por todo el lugar procurando mantener en paz y orden, la convivencia cotidiana de ese constante trajinar, deambulando por sus estrechas callejas gentes de toda clase y condición.

La seducción...

D. Alvaro de Luna despertó muy tarde y, vacilando entre levantarse o seguir el dulce sueño provocado por la atracción hacia María, su casera, bostezó, estiró rudamente sus brazos y gritó con voz truncada:

-¡alcaide, alcaide,....subid pronto a mi aposento, villano¡-

El alcaide había salido a ordenar el mercado de la villa y ante su ausencia, María, asustada por encontrarse sin el apoyo de su esposo, dudó, palideció su rostro y subió lentamente las escaleras hacia la alcoba principal de la casa.

-¡Voy, voy....señor¡-, repetía insistentemente.

Arriba, el de Luna, quedó sin habla, aceleró sus palpitations y aderezando, nervioso, sus flácidos cabellos, se apresuró a recibir a quién había ocupado su mente en sueños toda la noche.

-¡Entrad, entrad, bella María¡- comentó con suave voz.

Ella, con el rubor de la doncella más virgen que pudiera existir, abrió muy despacio la puerta y penetró con la mirada hacia el suelo, dentro de la alcoba.

Frente a frente, D. Alvaro, le hizo que se aproximara a su lecho y, allí, sin más personas en la casa que ellos dos, la asió del brazo y la echó hacia él.

María, pidió al noble que le dejara marchar y que era mujer de honrado caballero y madre de un hijo al que adoraba.

-¡Por misericordia, señor, dejádme marchar. Os serviré toda la vida, dónde y cómo queráis, pero no mancilleis el honor de D. Nicolás¡-

D. Alvaro, como poseído de su belleza y, acostumbrado al disponer de cualquier bien, material o humano, como era usual en la época, se enfureció ante la negativa y con voz entrecortada dijo:

-¡Os recuerdo, señora, que vuestro esposo es alcaide por mi deseo y que, puedo mandarlo a galeras si así yo lo estimase. Quedariáis viuda y sin más protección que vuestro humillado honor¡-

D. Alvaro anduvo en Cañete nueve días con nueve noches. Durante su estancia, visitó numerosas veces la fortaleza, sin el mayor ánimo que molestar al alcaide para que preparase la mula que le tenía que subir. Arriba, se jactaba de su poder y exigía formar a la guarnición que allí vigilaba el reducto.

Por la tarde, mandaba formar un pequeño palenque en la plaza mayor y desde allí, contemplar el pago de los tributos exigidos a sus vecinos. Diez fanegas de trigo por cada agricultor acomodado y la carne y lana de cinco ovejas a cada ganadero de la villa.

Los mudéjares deberían de pagar doce maravedies cada uno y los judíos, entregar cinco reales de plata como pago de vecindad.

Ante tal abuso de poder, Malaquías bajó a la plaza para conversar con el Señor de Luna, la redención de ese fuerte pago a los judíos, al haber sido un mal año de cosechas y préstamos.

Ante su presencia, y una vez que lo escuchó, D. Alvaro entró en cólera y, sin más dilación, mandó llamar a Faustino, el alguacil y con fuerte voz dijo.

-¡ Alguacil, encerrar al viejo judío en la cárcel de la villa, por atrevido y osado¡.

La cárcel era un edificio angosto y alargado. Estaba situado en la antepuerta y su puerta daba a un angosto callejón que comunicaba la Calle Mayor con la Calle Real. En un extremo del mismo se encontraba la sala del alguacil y en el otro, una sala de interrogatorios. A ambos lados del pasillo que unía las dos estancias se abrían unas celdas diminutas. En una de ellas metieron a Malaquías y, aposentado en la poltrona de madera, se puso a rezar una plegaria. A su lado había un cubo para hacer sus defecaciones y el hedor se percibía por todo el espacio. No se sabía cuánto tiempo haría que no las habían limpiado.

El alguacil trató con delicadeza al judío, al que respetaba y apreciaba. Sin mediar palabra, cerró la celda y salió a la plaza. Allí, don Alvaro preguntó si se había cumplido su orden.

-¡Que esté dos días por insolente y así sirva de escarmiento¡- requirió con prepotencia el Señor.

-¡Es buen hombre¡-, profirió el alcaide.

-¡Lo será buen Nicolás, pero deben de saber que su obligación es pagar el tributo estipulado¡- contestó algo más tranquilizado.

-¡Qué así sea¡-

La marcha...

Después de esas nueve jornadas de estancia de D. Alvaro de Luna, agasajado con todos los placeres que una humilde villa podía ofrecer y recaudando, sus escribanos, los tributos exigidos a aldeanos, judíos y arrieros, ordenó la marcha hacia Aragón.

Hechos los preparativos necesarios para iniciar el largo camino de regreso, el alcaide y la guarnición, haciendo los honores propios de vasallaje, despidieron al compás del sonido de trompeta y tambores a la comitiva que abandonaba la villa. En el interior de cada cañetero reinaba la satisfacción contenida sin que, por descuido, saliera a la luz algún gesto cómplice que pudiese delatar sus inusitados deseos.

¡-Por fin, por fin,...!- comentaban en voz baja, los fieles vecinos que volverían a vivir en la tranquilidad deseada.

Pasó el tiempo y después de un seco verano, las lluvias otoñales reverdecieron las ricas vegas de la villa, llenaron los cauces de los ríos y arroyuelos y dieron ese cromatismo ansiado, orgullo del cañetero, a un paisaje que siempre había sido admirado por todos los que hasta aquí tuvieron la suerte de llegar.

Pueblo de Castilla, noble por su carácter y no por su linaje, estaba estratégicamente situado en esa línea fronteriza entre los dos grandes reinos de la España peninsular, y entre sus murallas, un entramado de callejas delineaban una estructura

edificada de casas serranas, con numerosos balconajes y pocos blasones de solera.

Entre sus muros, cristianos humildes convivían con judíos, mudéjares y algún aragonés sin oficio ni beneficio, hasta aquí llegado en busca de la fortuna que su reino no le ofrecía.

Su fisonomía era la de una villa fuerte, bien defendida, por un lado, de los vientos por su elevada fortaleza y, por otro, de los avatares bélicos de una época de fuertes litigios nobiliarios, entre reinos, antes, y de una cruel reconquista de estos territorios al dominio musulmán, después.

Sus habitantes, habituados a soportar el feudo del vasallaje a lo largo de los tiempos, se habían acostumbrado también, a sufrir esas duras embestidas climáticas, que les obligaba a difíciles años de convivencia y, como curtidos serranos, llevaban con resignación y fe, una vida sencilla y humilde.

La llegada del crudo invierno pocos cambios iban a provocar en la cotidiana vida de sus habitantes, si no hubiera sido por un acontecimiento que, pudo haber sido normal, si la historia no hubiera cambiado su destino a causa de él.

Ni que decir tiene, que por aquel entonces nadie se imaginaba lo que un vulgar nacimiento iba a determinar dentro de la propia historia de Castilla.

El cinco de febrero de 1390, María, la esposa de D. Nicolás, iba a dar a luz un niño. Todo parecía normal y ningún habitante de la villa pudo imaginar, por entonces, que aquél pequeño vástago de los Cerezuela, iba a alcanzar la mayor gloria del reino.

El nacimiento de Alvaro...

Nacía así, un niño, de tez morena y mejuto cuerpo. Risueño, alegre y bien formado que iba a ser la alegría de un matrimonio que no imaginaba lo que en su seno iba a acontecer años venideros. María, su madre, siempre mantuvo el secreto ante familiares y extraños, sabedora de lo que un hecho de tal índole podía provocar entre una sociedad, cuyo orgullo, lo marcaba la baja condición de su estirpe.

Ella, crió con tanto o mayor cariño, a éste, su segundo hijo, igual que al primero, Juan. Supo darle el afecto que una madre sabe dar a quién ha nacido de sus entrañas, a pesar de que el amor no hubiera sido la cuna de su nacimiento. Fruto de la propia vida, de esa sociedad nacida del servilismo, de ese mundo medieval en el que el orgullo nunca quedaba herido si la afrenta provenía del Señor de las tierras. Para D. Nicolás, hombre de bajo linaje, podía ser tal hecho un placer concedido por quién dominaba su vida, en lugar de considerarlo como un ultraje a su honor villano.

Alvaro debía de ser su nombre y, así todos lo aceptaron. Bautizado en el seno de la iglesia como cristiano y, educado en los más puros valores católicos por el que, entonces, era su vicario apostólico y confesor, el párroco D. Pedro Palomares, compartió travesuras de infancia con todos los niños de su villa.

En su bautizo, fue madrina Isabel, la fiel criada de su madre, y sirvió como padrino, el notario D. Juan de Mollerusa.

Ninguno de los allí presentes, se podían imaginar que aquel pequeño bebé, regordete y llorón, iba a ser su futuro Condestable, con gobierno mayor que el propio rey, de todas las extensas tierras de esta Castilla poderosa.

Alvaro de Cerezuela, llamado por todos Alvarillo, pudo ser educado en las letras, al igual que su hermano Juan, al ser hijo del alcaide. Tuvo preceptor en la figura del dominico Fray Ginés, quién le enseñó la Gramática Latina y el arte de leer. Tuvo como maestro de armas al aragonés Tomás Martín, aquel jovenzuelo que, llegado desde Aragón había encontrado trabajo en el Molino de San Roque.

Aquel espigado chico de diecinueve años, hijo de un rico platero venido a menos, pudo aprender la destreza de las armas en su niñez gracias al afecto que el noble navarro, Sánchez de Viana, le profesó. Y él mismo sabrá enseñar con la misma habilidad que lo aprendió a los hijos del alcaide, Juan y Alvaro.

Todas las mañanas, desde que cumplió ocho años, le acompañaba Tomás y, junto a su hermano, iban a la explanada que había, junto a la puerta de la Eras, y allí, sujetos a la atenta mirada del centinela de guardia de la torre, aprendían a montar en un corcel marrón de gruesas patas y larga crín. Era uno de los caballos de la guardia que, por su docilidad, era el más adecuado para dar los primeros pasos en el difícil arte de la equitación.

Nos dice el cronista de Alvaro de Luna que: *“...cuando fue de edad de diez años, Alvarillo, ya sabía las cosas que los otros niños grandes nobles, sin serlo, ya sabían hacer. E sabía leer e escribir lo que convenía para cavallero, e sabía ya cavalgar e ponerse bien a cavallo, e procuraba traer de bueno*

lo que traia, e ser muy cortés, e gracioso en su fabla e continencia.”

Vivió y compartió juegos de la niñez con todos los niños de la villa. Fue travieso, no hay duda, pero mantuvo siempre su condición servil hasta su marcha. Educado en la alcurnia de una familia humilde, pero reconocida en la villa, tuvo la suerte de poder recibir los consejos de su madre, nacida en familia hidalga manchega, conocedora de todas las artes del buen hacer y nunca poseedora de soberbia y vanidad.

Fue, sin duda, la mejor madre que pudo tener en época de gran incertidumbre social, cuando la existencia dependía de los avatares nobiliarios envueltos en engaños, afrentas y traiciones y los pueblos y aldeas eran presa de esos mismos.

Alvarillo, correteaba a sus anchas por todas las callejas del pueblo. Era muy curioso y le gustaba observar costumbres, investigar rincones y hacer travesuras con las mulas de los arrieros y en los gallineros de las murallas.

Bajaba al río Tinte por el Postigo y allí, junto a Jerónimo, hijo de Pedro Muñoz, el salinero, se bañaba en sus aguas, chapoteando junto a los patos que allí nadaban.

-¡Corre, corre Jerónimo, vamos al pozo del puente y nos adentramos por su cueva.¡- decía el travieso Alvaro.

-¡Alvaro no, me ha dicho mi tío Lope que es muy peligroso y que nos castigará la Virgen por perturbar su ermita¡-, contesto el niño.

Pero, las palabras prudentes de Jerónimo no inquietaban a Alvaro, dando pruebas de esa condición de valentía y decisión que siempre llevará consigo.

Por la tarde, subieron al barrio del Castillo para ver a los judíos hacer sus abluciones, pues era viernes y sabían que hacían cosas raras en sus casas.

Desde una roca de la ladera que desciende de la fortaleza, divisaban, escondidos, a un grupo de judías que iniciaban la limpieza de sus casas por ser viernes, se ponían camisas y ropas nuevas y encendían lámparas y candiles al “*salir la estrella*” como preludio del sábado, día santo para ellos.

Malos tiempos...

Eran tiempos malos para los judíos de todo el reino. En 1391 se habían producido revueltas antisemitas por todos las capitales del reino, como Toledo, Avila, Segovia y Cuenca. Fueron asaltadas las juderías, incendiadas sus casas y provocado mortandades en familias judías, en reprimenda por ese celo y envidia que, por parte de los cristianos recibían. Recordamos que los judíos eran personas muy celosas de sus usos y costumbres, cultos en lectura, escritura y cálculo, eran los poseedores de profesiones rentablemente económicas que, determinaban, el manejo de la convivencia de esta sociedad medieval. Prestamistas y ricos comerciantes tenían en la usura su principal virtud que, adecuaban en sus transacciones, préstamos y negocios. Todo ello, generaba una animadversión de la sociedad cristiana, provocando un odio sin límites que tuvo que ser duramente reprendido por reyes y jueces castellanos y aragoneses.

Por eso, durante los años siguientes a 1391, temerosos de las actuaciones de sus convecinos cristianos y de las autoridades civiles, procuraban hacer sus rituales con cierto recelo, amparándose en la noche y procurando no levantar demasiadas sospechas.

En Cañete, su aljama apenas fue perturbada, salvo la actuación de aisladas familias que veían en ellos, la causa de sus males.

Simón, judío vecino de Cuenca, pero cuya ascendencia provenía de Huélamo, había venido hacia unos días huyendo de los altercados ocurridos en la ciudad del Júcar, donde había sido testigo del asalto a su judería situada en el barrio del Alcázar. Allí, una muchedumbre de cristianos había incendiado la sinagoga, apedreado a varias familias y provocado un fuerte altercado sangriento. Parecía el preludio de lo que unos años más adelante iba a suceder. Él, asustado, no volvería jamás a comerciar en Cuenca.

-¡Tened cuidado, Malaquías, las cosas están mal por ahí¡-

-Sí, pues, ¿qué ha sucedido?, le preguntó el anciano.

-Los cristianos, guiados por el diablo, han ido a nuestra aljama y allí, han apedreado a nuestras mujeres y niños, quemando la sinagoga y profiriendo insultos a todos nosotros.- ¡Hemos pasado mucho miedo, Malaquías¡-

-¡Javhé no permitirá que nada nos suceda Simón¡- Aquí, por ahora, estamos bien, puedes quedarte, si lo deseas-.

-No, marcharé con mis parientes a Huélamo y, desde allí, ya veremos.

-¡Gracias, Simón por tus noticias y que Javhé te guíe¡- Id con cuidado-, contestó el viejo rabí de Cañete.

En Cañete se mantenía una pacífica convivencia entre los judíos y los cristianos. Alguna vez, ciertas disputas por algún préstamo concedido, o bien, en las transacciones de ciertas ventas, había habido algún que otro altercado.

Pero, ahora, las noticias corrían como la pólvora y, en cualquier momento, podían cambiar las tornas.

En cierta ocasión, estando en la puerta de San Bartolomé, al lado de la iglesia del mismo nombre, Malaquías, Pedro Muñoz, el salinero y Mateo, su hijo, concertando precio con Aben, el moro, sucedió un altercado.

-¡ Pedro, por Alá, que ese precio es injusto¡- yo he traído desde Albarracín este telar y me ha costado 2.000 maravedíes y no puedo venderlo por menos-, afirmaba Aben.

-¡ Voto a Dios, villano moro, que bien sabéis que esa tela no vale esa cantidad que exigís. Si no me la dáis a mitad de precio os denunciaré al alcaide por vil¡- contestaba Pedro Muñoz, ante la atónita mirada de su hijo Mateo.

Tal conversación fue oída por Clemente Martínez y Antonio Velasco, vecinos de San Andrés y como, fieles cristianos, enemigos envidiosos de los judíos.

Se acercaron al grupo y, ayudados de palos y una corbella, comenzaron a proferir insultos a los judíos, generando un fuerte altercado público. Habían oído que en Astorga y Deza habían sido vapuleados y expulsados los judíos de su población y que eran, “puercos y marranos” que no tenían derecho a vivir junto a ellos.

Llegado el alcaide, Clemente le dijo:

-¡Alcaide, Pedro, el salinero, ha blasfemado, diciendo Voto a Dios¡-

El Alcaide, haciendo oídos sordos a tal aseveración, mandó disolver el grupo, alegando que hablaría con Pedro y los demás.

Sofocado el enfrentamiento por la guardia del alcaide, cada vecino regresó a su hogar, no sin antes haber dejado

constancia de complicada situación por la que pasarían, a partir de ahora, la comunidad judía de la villa.

El sábado, los niños, se apresuraron a llegar, al anochecer, a la calle de San Bartolomé que daba lateralmente a la sinagoga. Ellos sabían que al ser sábado, los judíos se reunían y hacían cosas. Allí, por un ventanuco a ras de suelo, cubierto con una malla, podían oír lo que decían y, metiendo la cabeza por el mismo, ver un poco a algunos de los judíos.

Observaron como Malaquías, asentado en el suelo y descalzo tenía un libro muy grande en la mano que leía en un hablar muy raro. A su alrededor un grupo de personas, entre los que pudieron ver a Pedro, el salinero y su hijo Mateo, a Simón, el de Huélamo y otros que no podían ver bien, se encontraban también sentadas escuchando la lectura. Cuando él se levantó, se levantaron todos y estando de pie alzaba, levantando y bajando la cabeza, haciendo todos lo mismo.

Los niños seguían observando, no con cierto temor y miedo, el ritual de los judíos. Sin darse cuenta, había oscurecido casi del todo. Era muy tarde y en casa les estarían buscando. Cuando iban a levantarse de su escondite alguien les tocó en el hombro, dándoles un susto de muerte. ¡Era, Rodrigo, el curandero!. Sin decir nada, dieron un grito y salieron como alma que lleva el diablo.

Llegaron a la plaza, temblando y cubiertos en sudor. El semblante de aquel hombre, siempre meditabundo y serio, les imponía un respeto diabólico. Al poco y, junto el uno del otro, marcharon a sus casas sin contar nada de lo acontecido.

Una fiesta que guardaban los judíos era la llamada de “los tabernáculos”. Era una celebración muy curiosa para los cristianos y ellos, la llamaban “de las cabañuelas”, por la singularidad de sus actos.

Un día, estando en la plaza Fernando de Iniesta, vecino de Cuenca, charlaba animosamente con Juan Fernández y el alguacil, Faustino López, y les contaba que los judíos de su ciudad celebran una fiesta llamada de las cabañuelas y que, estando juntos en la ribera del Júcar, *“guardaban todos la pascua de pan açemo tres o quatro días, e comían elpan, e el maestro rabí ponía unos ramos verdes e olivas e otras cosas e fazia unas como cabañas e todos entraban allí e guardaban tres días e rezaba dicho maestro.”*

Faustino López, enterado de ello, exclamó sorprendido:

-¡Ah, pardiez, por eso oí en cierta ocasión a Malaquíás hablar de unas cabañas al lado del Río Tinte, con Matías, el aceitero y Pedro, el judío, sin entender lo que querían decir-

-¿Y dices, Fernando, que lo hacen en Pascua o en Pentecostés?-, replicó Pedro.

-¡En Pascua, en Pascua, por que en Pentecostés celebran “la fiesta de las cosechas”, dando gracias a Yavhé por las cosechas!-, contestó el de Cuenca.

-¡Redios, cuántas judiadas hacen estos malditos judíos!-, contestó Matías, hombre rudo con fama de mal genio.

Entre milagros y travesuras...

Alvarillo cumplió los diez años y su hermano Juan tenía catorce. Siempre le profesó mucho cariño a su hermano mayor y junto a él, aprendió a vivir la vida con respeto y obediencia a sus padres, a los que siempre quiso tanto.

Corría el año de 1.400 y nunca volvió a la villa el Señor de la misma, D. Alvaro, padre. En aquel año, D. Nicolás, recibió un comunicado real en el que se le informaba que la villa de Cañete y todas sus alquerías y tierras, pasaban a ser de D. Juan Hurtado de Mendoza, quien las había adquirido en compra por pago de doce mil florines de buen oro, de los cuños de Aragón, según escritura otorgada en Salamanca, ante Ochoa Martínez, escribano del rey y su notario público, el día 18 de junio de 1400, a su actual dueño D. Juan Martínez de Luna, abuelo paterno de Alvarillo.

Aquel año fue muy aciago para la villa de Cañete. Las cosechas se estaban perdiendo por falta de agua, como consecuencia de una fuerte sequía que ya duraba dos años consecutivos y que habían provocado una situación muy crítica para toda la población, dedicada a la ganadería y a la agricultura.

Todas las tardes, las mujeres del lugar visitaban la iglesia para rezar intensamente, invocando a todos los santos la ayuda necesaria que paliase la dramática situación.

El vicario D. Juan pidió al alcaide permiso para realizar una procesión trasladando la imagen de la Virgen de la Zarza, patrona de la villa, por todos los campos más próximos. Era domingo primero de junio. Cuando descendían por la cuesta de la Fuente Amarga, camino de las aguas del Nacimiento, un gran nubarrón cubrió el cielo. Allí, arrodillados toda la población, imploraron a la Virgen con salves y gracias. Al momento, una fuerte lluvia cubrió todos los campos y regó sin parar, tres días y tres noches. ¡Las cosechas se habían salvado!

Tal acontecimiento quedó instaurado en las celebraciones religiosas de la villa. El primer domingo de junio se llamaría del Ojuelo y se conmemoraría con una misa mayor en la parroquia de Santiago y una procesión a la cruz de madera que en aquel lugar colocaron.

Al año siguiente, el domingo del Ojuelo llamado también de la Caridad, todos los vecinos que habían cocido pan lo llevaron al atrio de la ermita. Allí se congregaban todas las mujeres y niños. Alvarillo, junto a sus amigos, Jerónimo y Alonso, hijo de Pedro Poyatos, judío, se acercaron a las cestas que allí estaban colocadas y, presurosos, cogieron cinco panecillos que escondieron en sus blusas para salir junto a la muralla.

Era una travesura más, sin la menor intención que jugar a las intrigas, como preludiando, todo lo que más tarde tendría que vivir en la corte del rey Juan.

Corrieron los tres amigos y, aprovechando la ausencia del vecindario, se acercaron a la plaza y frente al portalón del Concejo se introdujeron por un hueco que daba acceso a un pasadizo para ellos desconocido. Lo habían hecho los árabes durante su dominación y comunicaba la población con el río

Tinte, según los ancianos del lugar, para coger agua y comida en caso de asedio. Ahora estaba tapiado con unos troncos y prohibido su paso.

Sin embargo, siguiendo siempre las indicaciones y argucias de Alvarillo penetraron por el mismo para conocer su final. Con una antorcha preparada, caminaron largo trecho encontrando ratas, hedor y basura allí almacenada. Apenas podían respirar.

Después de varios metros, asustados, retrocedieron al lugar de inicio y nunca más lo volverían a intentar. Era un lugar casi maldito.

Mientras, en el atrio de la ermita, el vicario bendijo los panes y después, se distribuyeron a todos los vecinos del lugar. A continuación, se rezó un Rosario y se sacó la imagen en procesión desde la ermita, por el arco de la Virgen, calle del Postigo hasta la iglesia de Santiago donde se dejó para su veneración. En el recorrido, las mujeres entonaban la Salve dirigidas por Catalina, la de Francisco el Viejo, y mientras, los hombres encabezaba la procesión sosteniendo estandartes y al compás del campanillo que hacía sonar intermitentemente el sacristán Miguel Sancho.

Vinieron años difíciles para todos. Los reinos de Castilla y Aragón mantenían duros enfrentamientos dinásticos de poder y las villas fronterizas, como Cañete, estaban siempre en constante alerta por cuantos sucesos pudieran ocurrir.

D. Enrique III, rey de Castilla, comenzó a reinar a los 11 años, edad temprana que le hacía depender de decisiones nobiliarias de ayos y tutores que, a veces, se dejaban presionar por alianzas de poder.

Muerte de María, “la Cañeta”...

María, la madre de Alvarillo, enfermó de tuberculosis. La tristeza embargó el alma del niño, que ya había cumplido los doce años. Moribunda, llamó a su hijo y entre pequeños balbuceos, quiso decirle algo que el niño no pudo entender. Confesó, comulgó y recibió los Santos óleos sacramentales. Al día siguiente, moría. Para Alvaro fue el día más triste de toda su vida. ¡La quería tanto!

Este acontecimiento iba a cambiar su destino. Nunca podía imaginar lo que iba a suceder al quedar huérfano de madre.

Desde que el Copero Mayor del Rey, D. Alvaro padre, estuvo en Cañete no había vuelto más. Sin embargo, María, llamada “la Cañeta” en todas las crónicas posteriores sobre la vida del Condestable, se ausentó varios días antes de enfermar sin nadie saber su destino. D. Nicolás, siempre dijo que marchó a Quintanar a ver a unos familiares enfermos y aclarar el tema de su herencia, pero las crónicas de su tiempo dudaron de ello y siempre pensaron que fue a visitar a D. Alvaro, a Aragón, para exigir la benevolencia del noble a favor de su hijo Alvarillo.

Tal es así, que un poco antes de su muerte dio a luz un nuevo niño, al que puso el nombre de Martín y que, por apariencia física con Alvaro, sirvió de mayor desprestigio a sus adversarios en la corte, para aclarar el linaje del que después iba a ser Condestable de Castilla y Maestro de la Orden de Santiago.

En el mes de septiembre, llegaba a Cañete una comitiva mandada por D. Juan Martínez de Luna, alférez mayor del Infante D. Fernando de Aragón, hermano de Enrique III, hombre recto y cabal que fuera regente de Juan II, siendo niño.

Por orden y mandato del mismo, Alvarillo tenía que ser trasladado a la casa del noble para recibir la tutela impuesta por su progenitor, sin que nadie de la villa supiera la causa.

Tal hecho iba a provocar los comentarios del vecindario que, a corrillos, daban versiones curiosas de sus sospechas. Sin embargo, por temor a la reacción de D. Nicolás, hombre muy respetado, apenas dieron más pie a ello que el simple momento de la noticia.

Su padre Alvaro había fallecido en circunstancias poco claras y, antes de morir, acuciado por los remordimientos y, posiblemente, haciendo caso a la petición de María, dejó encargado a su hermano la tutela del mismo. Este hecho refuerza todavía más la tesis de que Alvaro padre hizo caso a María “la Cañeta” de aquella posible petición, aceptando como legítimo al hijo de ambos.

D. Nicolás, ya viejo y muy decaído, desde la ausencia de su esposa, María, aceptó de buen grado tal mandamiento, al igual que había siempre hecho con todas las órdenes recibidas en su vida. Junto a él quedaban Juan y Martín, sus otros hijos, quienes le harían la vida más llevadera y, por supuesto, huída de la soledad. D. Nicolás añoraba tremendamente a su esposa María, dulce mujer, que le hizo la vida tan fácil y feliz a la vez.

Alvarillo en la Corte...

A lo largo de seis años, como Alvaro de Luna y no Cerezuela, vivirá con su tío don Juan quién le completó su educación, conociendo ya los entresijos de la corte, por entonces con sede en Guadalajara.

Era, por entonces, Alvaro un jóven, “...pequeño de cuerpo e menudo de rostro, pero bien compuesto de sus miembros, de buena fuerza e buen cabalgador; diestro en las armas e en los juegos dello muy avizado, e bien razonado, muy discreto, gran disimulador e cauteloso.”

Gobernaba el reino de Castilla, por entonces el rey Enrique III que moriría a la edad de 27 años, el día 25 de diciembre de 1406, cuando Alvaro tenía ya dieciséis años y comprendía, por su educación y cultura, las situaciones políticas del momento.

Al morir Enrique, Juan, su hijo, tenía 22 meses y le sucedía en el trono. Por su temprana edad, el reino iba a estar regentado por su madre, D^a Catalina y su tío el infante D. Fernando de Aragón.

Dicen las crónicas que, la reina viuda D^a Catalina, era “...mujer de poco seso y sometida a los caprichos de doña Leonor López, primero, y de doña Inés de Torres, después.”

En esos tiempos, Alvaro de Luna, va a pasar a casa de su tío D. Pedro de Luna, por entonces Arzobispo de Toledo y hombre de mucha influencia en la corte. Este Pedro, era hermano de su padre Alvaro y de su otro tío, el alférez don Juan, primer preceptor que lo recogió.

A principios de 1408, cuando el rey Juan cumple cuatro años, será el momento en que Alvaro de Luna, con dieciocho años de edad, entre en la corte y conozca al niño rey.

Según la crónica de D. Juan:

“...hallándose la corte en Guadalajara, llegó de Roma don Pedro de Luna, Arzobispo de Toledo, y trajo consigo a Alvaro de Luna, ...e como el Arzobispo tenía alguna deuda pendiente con Gómez Carrillo de Cuenca, que era Ayo del rey don Juan, rogóle que lo tomara e pusiera en la cámara del rey don Juan, e así don Alvaro de Luna hubo entrado en la casa del rey don Juan.”

En 1410, con 20 años, Alvaro de Luna supo grangearse la amistad del rey D. Juan que tenía 6 años y, por ello, Catalina, la madre del monarca, mujer siempre recelosa y con envidias, se llevó al joven rey a Valladolid, reteniéndolo en las habitaciones del convento de San Pablo, ayudado por su hermano, el infante D. Enrique y sus más fieles criados.

Por otro lado, dice Mariana, que obligó a D. Alvaro a abandonar la Corte y marchar a sus tierras de Aragón.

Pero el rey, aunque niño, tanto adoraba a su amigo Alvaro que lloró desconsoladamente noche y día de cuántos su madre le retuvo, teniendo D^a Catalina que renunciar a su intento,

llamándolo nuevamente a D. Alvaro a la Corte para seguir junto a su hijo.

No es fácil que esto sucediera por cuanto Alvaro se mantuvo en la Corte y volvió al poco tiempo a estar junto al monarca, quién siempre deseó estar a su lado.

Ambos personas se entendían perfectamente, porque el rey, aún siendo niño, siempre quiso estar a su lado, y desde el momento que se puso a gobernar a los catorce años (1419) respetó, admiró y quiso a su valido como nadie.

Dicen sus cronistas que, *“...el bastardo había nacido para mandar y el nieto de reyes, para ser mandado.”*

En el año 1423, el rey Juan II nombró a D. Alvaro, Condestable de Castilla, en Tordesillas (Valladolid) y fue Maestre de la Orden de Santiago, desde 1445 a 1453, con sede en Uclés.

Dicen algunos historiadores, que fue, *“obsequioso, insinuante y accesible para todos; más con el tiempo y el poder, pudo ser altanero y menospreciador de los demás. Se preciaba mucho de su linaje, a pesar de la ilegitimidad de su nacimiento.”*

Lo cierto es que Alvaro de Luna llegó a ser, por sus virtudes, inteligencia y astucia, el valido omnipotente del rey, cuya preeminencia frente a los nobles defendió con todas sus fuerzas. Fue el único hombre de su tiempo que aspiró a la realización de un ideal político de reunificación nacional, preludio de lo que después harían los Reyes Católicos.

Fue leal a Castilla y a su rey hasta la muerte y nunca renunció a la defensa de su monarca a pesar de las intrigas nobiliarias que tuvo que sufrir.

A modo de conclusión...

Lo cierto es que D. Alvaro de Luna nació en Cañete, villa por entonces del reino de Castilla. Su situación entre la frontera del Reino de Aragón y el hecho de que fuese concedida a un noble aragonés, D. Juan Martínez de Luna, su abuelo, le determinó su dependencia señorial.

El hijo de D. Juan, llamado Alvaro Martínez de Luna, era Copero Mayor del rey Enrique III, y como Señor de esta villa, entre otras, la visitó en alguna ocasión. En una de sus estancias mantuvo relaciones extramatrimoniales con María Fernández de Urazandi, llamada vulgarmente en las crónicas de su tiempo como María “la Cañeta” y casada con D. Nicolás de Cerezuela, alcaide de la villa de Cañete, de las que nacerá el futuro Condestable, Alvaro de Luna.

La discusión entre los cronistas e historiadores del momento y de siglos posteriores, por la atribución exacta del nombre de la madre, a quienes unos le atribuyen Juana Martínez, otros María de Urazandi y la mayoría, María Fernández, es fácilmente comprensible por la exigencia de aquellos tiempos en mantener una limpieza genealógica pura del linaje para así, poder entrar en la discutida Orden de Santiago y ocupar cargos de nobleza.

Vivió una niñez normal en su villa natal, sin más privilegio que sus grandes dotes innatas y nunca destacó por fechorías poco habituales en los niños de su época. Compartió infancia con su hermano de madre, Juan de Cerezuela, al que luego colocó como Arzobispo de Toledo.

Jamás fue en él común, lo que ciertos detractores han querido ver al hablar del origen y procedencia de su madre al citarla como, *“mujer poco licenciosa, que solo poseía un brial, una cabaña y unos bonitos ojos, sabiendo usar de gentil manera estas tres cosas que, sin otro oficio conocido*

que saber bailar la zarabanda y hacerla bailar a los mozos del pueblo, vivía a sus anchas, sin poner por ello a nadie en estrecho”.

Su madre, fue, sin duda, una mujer normal de costumbres virtuosas, que, obligada por la época, tuvo que aceptar las relaciones ilícitas a que le obligó su señor, D. Alvaro, inmerso en esas relaciones feudales de sumisión y servilismo.

Por el contrario a D. Alvaro, padre, siempre le atesoraron pocas cualidades y grandes defectos: *“...D. Alvaro señor de vasallos, rico-home de horca y cuchillo, y excopero del rey señor don Juan el Primero, entretenía sus fastidios reventando a sus perros, dando puntapiés a sus pajes y ahorcando a sus villanos.”*

Las diferentes visiones de sus progenitores y las omisiones documentales propias ocultan rasgos de la realidad, que obligan a carecer de una visión real y segura. Es comprensible y, así lo entendemos, que tales circunstancias pretendieron callar un origen ilegítimo, para poder justificar el ascenso de Alvaro de Luna, el Condestable, y por tal motivo, muchos historiadores hayan podido caer en crónicas de poco rigor, ni científico ni literario.

Recordemos que hubo fuerte desavenencia entre los defensores de D. Alvaro, dirigidos por el propio rey Juan II y sus detractores, encabezados por el propio Prior de la Orden, Juan Díaz Coronado y el papa Eugenio III.

El origen de su nacimiento fue causa de agravio en su proceso, al acusarle de *“no ser castellano”*, considerando a Cañete como tierra de Aragón por la titularidad de su Señor, de la Casa aragonesa de los Luna.

El desprecio de su origen se manifiesta claramente en algunos de los párrafos de sus detractores al decir que, *“...Alvarillo de Luna era un hombre de un macho y una mula”* y *que cómo siendo así pudo llegar a Condestable de Castilla y “a valer tanto como su rey.”*

Alvaro de Luna fue, desgraciadamente, víctima de su época. Alcanzó los máximos honores y poderes de aquel tiempo, sabiendo respetar el trono que defendió hasta en el último momento de su muerte, como bien dijo en una de sus últimas frases ante el grito acusador de un testigo: *“cruel, tirano y traidor”*, contestando dignamente: *“mientes, cruel tirano sobre la corona, tal vez, más traidor, no.”*